

LA NOVELA CINEMATOGRAFICA
DEL
HOGAR

30
cts



SPENCER TRACY
ANN DVORAK
YOLA D'AVRIL

EDICIONES BISTAGNE

**DIABLOS
CELESTIALES**

**La Novela Cinematográfica
del Hogar**

Publicación semanal de películas selectas

Director:

Año IV Francisco-Mario Bistagne Núm. 145

SKY DEVILS 1932

DIABLOS CELESTIALES

Diversido asunto, interpretado por
SPENCER TRACY, YOLA D'AVRIL, etc.



Es un film

UNITED ARTISTS

Distribuido por

LOS ARTISTAS ASOCIADOS

Rbla. Cataluña, 60 y 62 BARCELONA

Postal-regalo: ZASU PITTS

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA

Prohibida la
reproducción

Imprenta Industrial - Aribau, 133 - Teléfono 73607

DIABLOS CELESTIALES

Argumento de la película

I

Wilkie y Mitchel, empleados en el servicio de salvamentos de bañistas en una playa norteamericana, hablaban mientras una alegre juventud tomaba baños de sol en la arena y charlaba debajo de las grandes sombrillas.

—Ya estoy cansado de este oficio—decía Mitchel.

—Peor estaremos si nos reclutan y nos mandan al frente.

—Me parece estúpido ser del servicio de salvamento y no saber nadar.

—Eso es lo de menos.

—Yo ya sé por qué te gusta tanto este oficio. Aquí hay materia abundante para tus conquistas.

Y al decir esto señalaba a un grupo de bellas jóvenes que, disimulando apenas sus bellezas con un brevísimo *maillot*, se dejaba acariciar por el sol en torno a una sombrilla.

Al ver aquel cuadro, Wilkie sintió una especie de cosquilleo a lo largo de su cuerpo y, en seguida, se dirigió al grupo arreglándoselas de modo que momentos después charlaba animadamente con aquellas sirenas.

—Desde que la guerra ha comenzado—decía una de ellas—, es difícil encontrar buenos guardias de salvamento.

—En efecto — repuso Wilkie jactanciosamente—, somos muy pocos.

—¿Y usted por qué no se ha alistado?

—No me lo permitieron. Cuando el coronel me vió me dijo: “¿Es usted Wilkie, el salvador de tantas vidas?” “Sí, mi coronel”, repuse. Y entonces él declaró: “Usted nos hace mucha falta en América.” Y no tuve más remedio que quedarme, contra mi voluntad.

De pronto se oyeron voces de “¡Socorro!” y Wilkie y su compañero se vieron en uno de los conflictos más grandes de su vida.

Era un bañista que se estaba ahogando. Pero

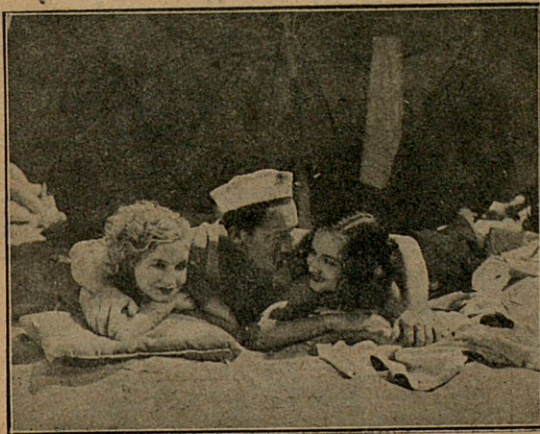
¿cómo podían salvarlo ellos si no sabían nadar?

—¡Corran! ¡Sálvenlo!—les gritaron.

Y ellos contestaron evasivamente:

—No nos gusta hacer salvamentos en público. Pueden decir que nos damos importancia.

Y entre comentarios y razones dieron tiempo a que el bañista en peligro fuera salvado por un tal Hogan, sujeto de malas pulgas y aspirante a



—¿Y usted por qué no se ha alistado?

guardia de salvamento. Y sólo cuando lo vieron en la playa, corrieron hacia la víctima para hacerle la respiración artificial.

Y, muy a pesar de Hogan, resultó que, para todos los presentes, los que le habían salvado la vida al naufrago eran los dos amigos.

Aquella noche, los dos frescos asistieron a un *math* de boxeo, en el que tomaba parte Hogan como campeón de su peso.

Al dirigirse al *ring*, Hogan vió a Wilkie, su rival en la playa, y no pudo reprimir un gesto de amenaza, pero como Wilkie no era *manco*, le atizó un bien dirigido y mejor colocado *crochet*, derribándolo; y cuando Hogan se incorporó para repeler la inesperada agresión, que lo había puesto en ridículo delante del público, ya los dos amigos, aprovechando la confusión que se armó, habían desaparecido del lugar del "sinistro".

Y la casualidad hizo que Wilkie y Mitchel se alistasen en el ejército, para asegurarse el con-dumio y con la esperanza de rendir a más francasas que alemanes, ignorando ambos que Hogan se había alistado antes que ellos y era nada menos que sargento.

Sus ilusiones se veían reducidas hasta entonces a cargar unos carros de paja ni más ni menos que si se hubieran empleado en un rancho.

Un oficial se detuvo ante ellos.

—¿Todavía no está cargado ese carro? Estáis haciendo oposiciones a pasar dos meses en el calabozo.

Cuando se marchó, Mitchel arrojó la horquilla en el suelo.

—¡Esto no puede ser! Yo no sigo aquí ni un minuto más.

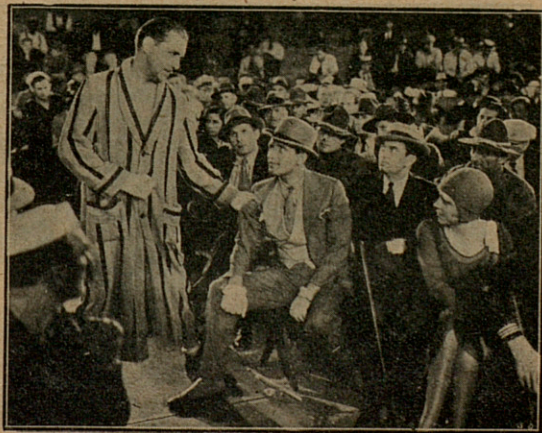
—Esto es un país libre y cuando a uno no le gusta un trabajo se marcha.

—¿Adónde?

—A cualquier parte. Por ejemplo, a América del sur.

El resultado de esta conversación fué que una semana después se ocultaban entre las mercancías que, mediante grúas, estaban trasladando desde el muelle a un buque que se dirigía a Buenos Aires.

Ocultos entre el gran fardo de sacos, se sin-



... y no pudo reprimir un gesto de amenaza...

tieron levantar y después introducir en la bodega.

Pasaron allí algunas horas sin atreverse a hacer el menor movimiento. Por fin, notaron el movimiento del buque que zarpaba.

De pronto, Mitchel dió un grito y salió de entre los sacos.

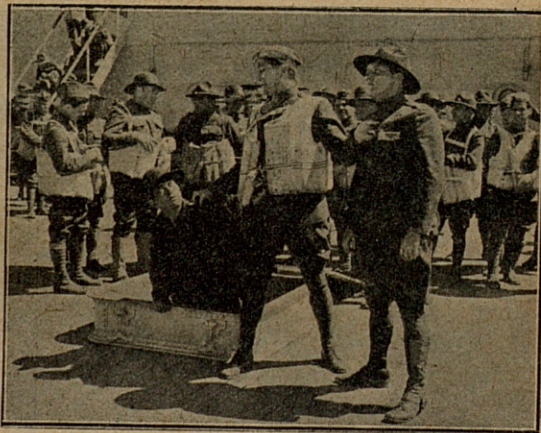
—¿Qué te pasa? — le preguntó Wilkie asomando la cabeza.

—Que he visto un ratón.

—Te habrá parecido.

—Es que me ha dado un bocado.

—Eso ya es más grave.



... se habían metido en la boca del lobo.

A este breve cruce de palabras siguió una pausa que interrumpió Mitchel.

—¿Cómo nos las arreglaremos para proporcionarnos comida?

—Eso va a ser muy difícil. Pero, en fin: lo intentaremos.

Y comenzó a subir por la escalerilla que conducía a la escotilla.

Mitchel le siguió. Cuando llegaron a lo más alto de la escalera destaparon la tapa de la bodega y se quedaron estupefactos.

Eran soldados y oficiales los que ocupaban el buque.

—¡Es raro que el ejército norteamericano se dirija a Buenos Aires!

—Debíamos habernos quitado el uniforme para huir. Nos van a tomar por desertores.

—Y con razón.

—Pero yo tengo hambre.

Distraídos con su charla, no se dieron cuenta de que alguien acababa de levantar la tapa y les obligaba a salir.

Mitchel y Wilkie obedecieron, comprendiendo que se hallaban en uno de los trances más apurados de su vida.

Y para colmo de sus males vieron que el que estaba ante ellos era el sargento Hogan.

Entonces comprendieron lo que había sucedido.

Creiendo colocarse entre la carga del buque que iba a Buenos Aires, se habían situado entre unos sacos que tenían que cargar en el barco contiguo, el cual llevaba tropas a Europa.

Evidentemente, se habían metido en la boca del lobo.

II

El sargento se apresuró a conducirles a presencia del jefe de la fuerza, al que los presentó como desertores.

—¿No les da vergüenza?—preguntó el coronel.

—Mi coronel—contestó Wilkie que había tenido una inspiración repentina—, no somos desertores.

—Entonces ¿qué hacen aquí? ¿Por qué han huído?

—Yo le explicaré, mi coronel—dijo Wilkie disponiéndose a adoptar un tono declamatorio—. Lo que ha pasado es sencillamente que mi amigo y yo, al enterarnos de que este barco partía hacia el frente, no hemos podido reprimir nuestros anhelos de luchar por la patria y nos hemos deslizado aquí como polizones. ¡No se deserta vestido de uniforme y sobre todo en un barco que va a Francia!

Las razones eran tan convincentes, que el coronel se sentía inclinado a creerles.

Wilkie acabó de conquistárselo con estas palabras:

—Todo el mundo desea servir bajo sus órdenes, mi coronel. Este es otro de los motivos que nos han movido a introducirnos en este buque.

El coronel sonrió satisfecho. Después dijo:

—Vuestra buena intención os salva. Pero hay un inconveniente para que podáis cumplir vuestros nobles propósitos. ¿Sabéis volar?

A Mitchel se le doblaron las piernas al oír esta alusión a los viajes aéreos.

—Pues verá, mi coronel: sabemos y no sabemos...

—Bueno, ya aprenderéis.

Y el sargento Hogan se quedó estupefacto cuando el coronel le dijo que considerara a aquellos dos soldados como embarcados legalmente.

* *

En el campo de aviación, Mitchel y Wilkie pasaron horas de prueba.

Aparte de que no sabían una jota de aviación, tenían un miedo espantoso al espacio.

El sargento Hogan, encargado de aleccionarles, se veía y se deseaba para conseguir que le acompañaran en sus magistrales vuelos, pues el sargento era un excelente aviador.

Un día se presentó el coronel con el deseo de comprobar por sus propios ojos los progresos que hacían los alumnos.

El sargento, para demostrar que sus lecciones habían sido provechosas, dijo al coronel:

—Todos mis alumnos saben volar solos.

—Si es así, le felicito, sargento; pero estas cosas es preciso verlas.

—En seguida, mi coronel.

Se fué hacia Mitchel y trató de convencerle de que volara solo.

Mitchel se echó a temblar.

—Lo que usted me pide es un suicidio y eso yo no lo hago por usted ni por nadie.

El sargento comprendió que sólo engañándolo conseguiría su propósito.

—Bueno, hombre. Te acompañaré.

—Si usted me acompaña, como otras veces, soy capaz de cruzar el Atlántico.

—Entonces vamos a asombrar al coronel. Yo iré en la parte de atrás, donde están las palancas de corrección. Tú irás en el puesto de mando. Cualquier error que cometas será corregido por mí inmediatamente.

A Mitchel le pareció muy bien todo aquello.

Pusieron en marcha el motor y el sargento dijo:

—Sube tú delante para que el coronel vea que ocupas el puesto de mando. Yo subiré detrás. Cuando te dé una palmada en la espalda es que puedes despegar.

Así quedaron. Mitchel subió delante y se instaló en el puesto de mando.

Entonces el sargento cerró la portezuela, pero sin entrar en la cabina, sino quedándose bajo, y dió un golpecito en la espalda a Mitchel, el cual hizo funcionar inmediatamente las palancas.

El aeroplano partió y el sargento se quedó en

tierra, mirando burlonamente cómo se remontaba.

Mitchel, con la confianza de que el sargento iba detrás y rectificaría cualquier error que él cometiese, se entregaba a toda clase de audacias y la verdad es que nada le salía mal.

—¿Qué le ha parecido, sargento? — preguntaba cada vez que terminaba de realizar una de sus proezas.

No oía las respuestas del sargento, pero eso lo atribuía Mitchel al ruido del motor.

—Para que vea usted quién soy—dijo de pronto Mitchel—voy a liar un pitillo y a fumármelo sin dejar de gobernar el avión.

Así lo hizo. Después se volvió para pedir al sargento una cerilla.

Lo que entonces sintió fué algo que sólo el propio Mitchel podría describir.

Desde aquel momento el avión empezó a trazar diabólicas rúbricas en el espacio.

El coronel, que contemplaba el vuelo del alumno con mirada de asombro, ahora se llevó las manos a la cabeza.

—¡Pero ese hombre se ha vuelto loco!

—No haga usted caso, mi coronel—dijo el sargento—. Es que es muy bromista.

Pero todos pudieron darse cuenta en seguida de que no había tales bromas.

—¡Se va a matar! ¡Dígale usted que baje!

—Eso quisiera él—dijo con trágica ironía un oficial que acompañaba al coronel.

Verdaderamente, hacía un rato que Mitchel estaba intentando bajar y no lo conseguía. Cuan-

do ya el tren de aterrizaje rozaba la tierra, el avión hacía un extraño y volvía a remontarse casi en sentido vertical.

—¡Que avisen a la ambulancia!—ordenó el coronel.

Salió el auto con sus enfermeros vestidos de blanco y el chofer emprendió la persecución del aeroplano, haciendo sobre el suelo del aeródromo todo lo que el aparato hacía en el aire.

Esto acabó de desconcertar a Mitchel, que comprendió que la ambulancia había salido a recoger sus restos.

De pronto y sin que él mismo se explicara cómo había ocurrido, el aeroplano embistió a la ambulancia y la hizo añicos.

Fué preciso que saliera otra para recoger a los practicantes heridos.

Mitchel se había salvado milagrosamente.

III

Estaban los dos amigos de centinelas, cuando acertó a pasar por delante del cuartel Fifi, una francesita bastante pizpireta y alegre y un poco descocada.

Wilkie, con su inveterado donjuanismo, la abordó y empezó a conquistarla.

—No te olvides de que estás de centinela—le advirtió Mitchel.

Pero él no le hizo caso y consiguió sonsacar a la francesita que actuaba en el cabaret del pueblo.

Cuando más entusiasmado estaba con su triunfo, se presentó el sargento.



... empezó a conquistarla.

—¿Olvida usted que está de centinela?—dijo a Wilkie.

Y cuando éste se retiró, el sargento se puso a flirtear con Fifi.

—Trabajo en el cabaret del pueblo—dijo la artista—. ¿Vendrá usted a verme?

—Yo por usted iría hasta...

No pudo terminar la frase porque en este momento llegó el coronel, el cual reprendió al sargento y cogió por su cuenta a Fifi.

Por la noche hubo en la cantina una gran fiesta en la que actuó como estrella miss Mary Waine, una preciosa americana que incluso se había comprado un coche con lo que su arte le producía.

El sargento y Wilkie se la disputaron, pero ella no le hizo caso a ninguno de los dos.

Cuando terminó la representación Wilkie puso al sargento jugar una partida de dados y él aceptó.

—Con lo que gane—dijo el sargento jactanciosamente—invitaré a Fifi esta noche.

Pero el que ganó fué Wilkie. Sus dados eran de truco.

Cuando hubo ganado a su adversario hasta el último céntimo, se levantó y le dijo en tono zumbón:

—Otra vez tendrá usted más suerte, mi sargento. Ahora voy a ver a Fifi. Me ha dado usted una idea.

Y distraído, dejó los falsos dados sobre la mesa y se marchó.

Aun estaba el sargento bajo los efectos del golpe que acababa de recibir, cuando vió los dados que Wilkie había dejado sobre la mesa y lo comprendió todo.

—¡Ese canalla me ha engañado!

Salió inmediatamente en su busca.

Se enteró entonces de que aquella noche no se concedían permisos en el cuartel, pero prefirió correr el riesgo de que le cogiera la ronda a retirarse sin dar a Wilkie su merecido.

El motivo de haber retirado los permisos era que el coronel acababa de llegar al pueblo en automóvil y los capitanes querían hacer una demostración de disciplina.

Entretanto, en el cabaret, Wilkie estaba contando a Fifi una historia fantástica en la que se atribuía el papel de protagonista.

—Y cuando por fin pude subir en mi avión cubierto de heridas, regresé al campamento, donde el Presidente de la República me esperaba para condecorarme.

Oyó de pronto la voz del sargento en el pasillo.

—Ahí está el sargento—exclamó—. Ese se ha propuesto que falte a la disciplina y le deje sin narices.

—No quiero riñas aquí—dijo Fifi—. Lo mejor que puedes hacer es esconderte y yo diré que no te he visto.

Se ocultó detrás del mostrador.

El sargento irrumpió en la estancia con semblante amenazador.

—¿Has visto a Wilkie?—preguntó a Fifi.

—¿Wilkie? No le conozco.

—Sí que sabes quién es: ese soldado de cara estúpida que esta tarde hablaba contigo.

Pero en este momento entró la ronda en la

casa, preguntando por un soldado y un sargento que faltaban en el cuartel.

—Si no me ocultas estoy perdido—dijo el sargento a Fifi en voz baja.

Y como la artista no sabía dónde ocultarlo, el sargento, por no perder tiempo, se deslizó a su vez detrás del mostrador.

Allí se encontró con Wilkie, pero ya no experimentaba el menor odio hacia él sino que se sentía unido a su rival por el peligro.

Y así se explica que cuando la ronda se marchara, salieran los dos a la calle como buenos amigos.

IV

Mary, la encantadora artista americana que había actuado en la cantina aquella noche, subió a su auto y partió hacia la población vecina, donde tenía que actuar.

Wilkie y el sargento, huyendo de la ronda que los buscaba, subieron a un coche que estaba parado cerca de la cantina y que precisamente era el del coronel llegado momentos antes, y partieron veloces. Llevaban recorridos unos veinte kilómetros, cuando, después de un viraje, divisaron un coche que marchaba por el centro de la carretera. Intentaron pasarlo, pero maniobraron con tan mala fortuna que le die-

ron un fuerte trompicon, precipitándolo a un arroyuelo cercano. Entonces se dieron cuenta de que el auto era el de Mary, la cual lanzaba gritos desesperados desde el arroyo. Corrieron hacia ella.

—Discúlpenos — dijo Wilkie—. La dirección de nuestro coche se rompió en el preciso momento que intentábamos tomarle la delantera. Repararemos la avería e inmediatamente la conduciremos en nuestro coche adonde usted quiera.

Entretanto Mary permanecía en el agua sin que a ninguno de los dos se le ocurriera ayudarla a salir.

—Lo que deben hacer ustedes es sacarme de aquí y marcharse donde yo no los vea.

La sacaron y, tras muchos ruegos, consiguieron convencerla de que, sino quería que ellos la condujeran en su coche, debía pasar la noche en una posada próxima.

Fueron a la posada, dejaron los averiados coches donde estaban y alquilaron tres habitaciones. Cada cual entró en la suya y se dispusieron a descansar.

Entretanto, la ronda que había salido en busca de Wilkie y del sargento regresó al cuartel, dando cuenta al oficial de que los perseguidos habían desertado.

A la mañana siguiente fué Wilkie el primero en levantarse. Al pasar ante la habitación de Mary oyó ruido. Llamó y le dijo desde el exterior.

—Buenos días. ¿Cómo ha madrugado usted tanto, señorita?

—Es que era muy pronto cuando me acosté.

—Espere un momento. Yo mismo le serviré el desayuno.

En su cuarto había dejado la siguiente nota:

“Mi sargento: Vuelvo al campamento para dar como presentados a usted y a mí. Wilkie.”

Se dirigió en seguida al cuarto de Mary. Ella, que tenía apetito, le dejó entrar y compartieron el desayuno, lo que dió motivo a que entre ambos se entablara una animada conversación.

Entretanto, el sargento se había levantado. Sospechaba que Wilkie no lo habría hecho todavía y fué a su cuarto para cerciorarse, pero al encontrarlo vacío, se figuró que estaba con Mary, cosa que le contrarió, ya que él pretendía tomarle la delantera. Ya iba a salir, cuando se fijó en la nota que había dejado Wilkie.

La leyó y sonrió suavemente.

—No es tan malo como me figuraba. Ahora, con él lejos, no tengo rival en el asunto de Mary—se dijo.

Frotándose las manos con satisfacción se dirigió al cuarto de Mary. Ya iba a llamar cuando se detuvo. Había oído la voz de Wilkie. En seguida oyó la risa de la bella bailarina y lo comprendió todo.

Empujó la puerta furiosamente y entró.

—¿Conque te habías marchado al cuartel, eh?

—preguntó al soldado mirándole amenazadoramente.

—Me detuvieron en el camino y logré esca-

par. Por eso me escondí en el cuarto de Mary.

El sargento no le creyó y se entabló una violenta disputa, pero intervino Mary y logró que hicieran las paces. Como la artista dijo que no le gustaban los hombres que no sabían perdonar la disputa derivó en una contienda de alabanzas.

—¡Es un gran sujeto!— exclamó el sargento por el soldado.

—Señorita Mary—replicó Wilkie—. Ahí donde usted lo vé, es el mecánico más grande que existe. Con unos alicates y un trozo de hojalata es capaz de fabricar un soberbio motor de ocho cilindros.

—¡Ah! ¿sí?—exclamó Mary.

Y rogó al sargento le arreglara el coche que había dejado junto al arroyo.

No tuvo otro remedio que aceptar y salió de la habitación después de dirigir una mirada siniestra a Wilkie por el *favor* que le había hecho.

Wilkie, libre ya de toda competencia, comenzó a enamorar a Mary. La invitó a dar un paseo. Ella aceptó y se dispuso a cambiarse de ropa tras un biombo. El entretanto fué hacia la ventana. Pero en seguida volvió muy agitado, al centro de la estancia. Había visto al capitán y varios soldados que seguramente se proponían arrestarlo. Tal vez lo había denunciado el sargento.

—Mary—exclamó—. La policía militar viene a arrestarme. Me voy.

—¿Arrestarlo? ¿Por qué?

—Porque el sargento y yo salimos sin permiso.

Mary acabó de vestirse rápidamente y ya iban a salir de la estancia, cuando oyeron voces fuera. Una patrulla estaba registrando la casa.

—No salga usted—dijo Mary—. Quédese en mi cuarto.



.. comenzó a enamorar a Mary.

Ella se sentó sobre su cama y Wilkie aproximó un sillón para instalarse cerca de ella.

Entretanto, el sargento, lleno de grasa, contemplaba con perplejidad un sinnúmero de piezas del coche de Mary, que le habían sobrado después de hacer "la gran reparación".

En la posada continuaba el registro. Cuando la patrulla intentó entrar en el cuarto de Mary, el posadero advirtió que pertenecía a una señorita y los soldados se contentaron con aplicar el oído a la puerta. Precisamente en aquel momento Wilkie estaba contando a Mary una de sus imaginarias hazañas.

—Sí—decía—. Fuí condecorado por el Presidente de la República francesa... sin merecerlo... Hacía un reconocimiento en mi aeroplano, cuando me encontré frente a una escuadrilla enemiga de diez y ocho aviones. Viéndome perdido, les arrojé una granada y ¡plum! deshice a los treinta aviones enemigos. Regresé al campamento. El Presidente me esperaba con la medalla en una mano y un alfiler en la otra para condecorarme.

Los soldados que escuchaban, al oír estas palabras de Wilkie lo tomaron por un espacia y fueron a avisar al capitán.

Este dió orden de que lo prendieran y cuando los soldados volvieron a la posada, ya estaba el sargento con sus amigos. Cansado de luchar con el motor del automóvil, había regresado.

La patrulla de vigilancia se presentó inopinadamente en la habitación y prendió al sargento y a Mary. Wilkie logró escapar por la ventana.

V

Se encontró con Mitchel que había ido a la población a ver a un dentista, porque le dolía extraordinariamente una muela.

—Yo te la sacaré—le prometió Wilkie—, pero antes has de ayudarme.

—¿A qué?

—A libertar al sargento y a Mary.

—¿Quién es Mary?

—La chica que cantó anoche en la cantina. Al sargento y a ella se los han llevado a la cárcel. Por lo visto, los han tomado por espías.

—¿Y qué he de hacer para ayudarte?

—Ven conmigo y te lo explicaré.

La cárcel se había improvisado en un viejo caserón con varias puertas y multitud de ventanas.

El plan de Wilkie consistía en atraer la atención de los centinelas por la parte trasera de la casa para que él pudiera entrar por la fachada y abrirle las puertas de la prisión.

Así lo hicieron. Mitchel arrojó una piedra contra una ventana.

El ruido de cristales atrajo a todos los cen-

tinelas y este momento fué aprovechado por Wilkie para poner a sus amigos en libertad.

Se dirigieron al aeródromo, que estaba cerca, y subieron a un avión que el sargento había mandado preparar la tarde anterior.

El aeroplano era de bombardeo y estaba dispuesto para el combate. Llevaba varios torpedos aéreos colgados del fuselaje que se dejaban caer mediante el movimiento de una palanca.

El coronel estaba en el aeródromo dirigiendo la campaña aérea. De pronto vió que el sargento, Wilkie y Mary corrían hacia el avión F. lo tomaban y huían, todo tan rápido, que hubiera sido inútil intentar detenerlos.

—¡Que salgan inmediatamente a la busca y captura de ese avión!—ordenó el coronel.

Y en seguida salió un experto piloto al mando de una ligera avioneta que llevaba el signo "H2".

Los fugitivos intentaban ganar la frontera de Suiza, país neutral donde gozarían de una paz que estaban echando de menos.

En el puesto de mando iba el sargento y Mary y Wilkie detrás.

De pronto notaron que unos aparatos sospechosos les perseguían y el sargento intentó remontarse por encima de las nubes.

—Llevamos mucho peso—dijo Wilkie—. ¿Qué podemos arrojar para aligerar la carga, sargento?

—Los torpedos. Mueve la palanca que tienes a la derecha. A cada movimiento que hagas caerá uno.

Wilkie siguió la orden inmediatamente y un

formidable torpedo surcó el espacio, viniendo a caer sobre un depósito de municiones que hizo explosión.

El "H 2" había conseguido descubrir al F y los pilotos que tripulaban a la avioneta, vieron cómo el torpedo caía sobre el depósito de municiones, que era alemán, aunque el sargento y Wilkie lo ignoraban, porque volaban completamente despistados.

—¡Buena faena!—exclamó uno de los pilotos.

—Los han tomado por fugitivos y son unos héroes.

—Volvamos a avisar al coronel.

Y así lo hicieron.

El coronel se emocionó al conocer la noticia.

—¡Esos bravos—exclamó—se están jugando la vida! Si tardan una hora en regresar, habrá que ir a defenderles, pues será señal de que han caído en poder de los alemanes.

Y como pasó más de una hora sin que regresara el F, tuvo que partir una escuadrilla, de la que formaba parte Mitchel que, por cierto, volaba cada vez peor.

* * *

Los tripulantes del F, muy lejos de sospechar lo que se pensaba sobre ellos en el aeródromo, habían aterrizado en un gran llano creyendo que estaban ya en Suiza.

—Me parece que esto no es Suiza—opinó Wilkie.

—¿No estás oyendo un precioso canto tiroles?—inquirió el sargento.

En efecto, se oía aquel canto y esto animó a Wilkie.

—Es verdad. Ahora no me cabe duda de que estamos en Suiza.

Y cuando llegaron a la casa de donde surgía el canto, se encontraron con que los aires tiroleses procedían de un gramófono que era escuchado por más de cincuenta soldados alemanes.

—¡Pero si estamos en el campamento enemigo!—exclamó el sargento.

Intentaron huir, pero era ya demasiado tarde. Los cogieron prisioneros y los encerraron en una cárcel improvisada.

—¡Buena la hemos hecho!—exclamó Wilkie.

—¡Ese canto tirolés!

—¡Mal tiro le peguen!—maldijo Mary.

A un lado del recinto había una puerta, al otro una ventana. Ante ésta pasaba y volvía a pasar un centinela.

De pronto, Mary, como obedeciendo a una inspiración repentina, se introdujo en la chimenea y logró llegar al tejado.

Desde allí comunicó a sus amigos su descubrimiento.

—Tengo un plan—añadió—. Entretened al centinela por la ventana y yo os abriré la puerta.

—¡Es una gran idea!—dijo el sargento.

En seguida, éste y Wilkie se pusieron a hablar con el centinela por la ventana.

Entretanto, Mary, se descolgó desde el tejado al suelo, lo que implicaba una dificultad relativa, pues la casa era muy baja, y les abrió la puerta.

De pronto, Wilkie y el sargento echaron a correr y a ellos se sumó Mary cuando hubieron salido de la prisión.

El centinela comenzó a dar voces cuando se dió cuenta de la fuga y en seguida salieron en persecución de los fugitivos varios soldados.

Pero entonces ocurrió algo que fué para los americanos la salvación.

Mitchel, que se había perdido, apareció de pronto sobre la llanura y empezó a subir y a bajar y a trazar diabólicos círculos, sembrando el pánico entre los soldados alemanes.

El sargento y sus amigos no habían tenido tiempo de llegar hasta el avión en que habían hecho el desgraciado viaje, sino que tuvieron que ocultarse en una trinchera cercana para resguardarse de los disparos del enemigo.

Y desde allí pudieron ver que el endiablado avión, con sus bruscos descensos, cortaba las cabezas alemanas a docenas.

Todo lo que se intentaba contra él era inútil. Colocaron una ametralladora para abatirlo, pero cuando iban a disparar, el avión barrió a la ametralladora y a los que la manejaban.

Wilkie exclamó:

—Ese demonio de aviador no puede ser otro que Mitchel.

—Soy de la misma opinión—convino el sargento.

En efecto, cuando Mitchel se hartó de cortar cabezas y la llanura quedó limpia de enemigos, realizó un aterrizaje de los suyos contra un montón de paja y entonces pudieron reconocerle sus amigos.

Nada ni nadie les impidió dirigirse los cuatro al avión de bombardeo y emprender el regreso hacia el campamento francés.

Todos los que formaban la escuadrilla de salvamento, menos Mitchel, habían regresado ya al aeródromo, declarando la imposibilidad de hallar a los desaparecidos.

El coronel, que había mandado formar a toda la tropa, para recibir a los héroes con los máximos honores, experimentó una profunda tristeza.

Ya iba a dar orden de que dejaran de tocar las dos bandas de música que amenizaban el acto, cuando se oyó el ruido lejano de un motor.

Era el F. Al comprobarlo, un inmenso júbilo llenó de clamores el campamento.

En cambio, al sargento no le hizo ninguna gracia ver tanta gente en el aeródromo.

—Si bajamos ahora—dijo—no nos libra ni la caridad de morir fusilados.

Pero Mitchel les explicó el motivo de aquel recibimiento y entonces Wilkie exclamó alegremente:

—¡Es verdad! ¡Soy un héroe! ¡Yo he sido quien ha soltado el torpedo!

—¿Tú?—preguntó Mitchel.

—Sí, yo. Mira, he hecho así.

Movió la palanca para que Mitchel se percatara de su heroica acción y entonces se desprendió un segundo torpedo que cayó en medio del aeródromo, produciendo una verdadera catástrofe.

Y entonces sí que renunció a aterrizar el sargento.

El avión hizo un viraje y se remontó hacia las nubes.

Nadie sabe dónde aterrizaron. Lo cierto es que no se les volvió a ver en Francia.

F I N

Acaban de reaparecer

EL BESO

Creación de GRETA GARBO

— y —

EN CADA PUERTO UN AMOR

por Conchita Montenegro, José Crespo

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barará, 16.-Madrid: Evaristo San Miguel, 11

Acaba de aparecer, en las selectas Ediciones Especiales de L. N. S. C., con éxito sin precedentes:

El acontecimiento del año

La película de las estrellas

Greta Garbo, Joan Crawford, John Barrymore, Lionel Barrymore, Wallace Beery, Lewis Stone y Jean Hersholt, en

GRAND HOTEL

Número especial y fuera de serie. Crítica - Biografías - Argumento de la película. 16 sugestivas ilustraciones. Precio el de costumbre: **1 peseta**

¡Ediciones Bistagne publica siempre lo mejor entre lo mejor!

¡No se deje sorprender!

Exija siempre

Ediciones Bistagne

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA

RECUERDE ESTOS
: TÍTULOS Y PÍDALOS :

Ediciones Especiales

Novelación de las mejores películas de las mejores marcas.

Precio: 1 peseta

Exitos Cinematográficos

de gran aceptación.

Precio: 50 céntimos

Los Mejores Films

nueva colección de films seleccionados.

Precio: 50 céntimos.

La Novela Cinematográfica del Hogar

Precio: 30 céntimos.

Con postal-regalo.

Aventuras Film

Asuntos que deleitan a los muchachos y a los amantes de argumentos de emoción.

Precio: 15 céntimos.

Ediciones BISTAGNE

Paseo de la Paz, 10 bis

Teléfono 18551 - BARCELONA
